

Perspectivas clásicas y contemporáneas en el estudio de los movimientos sociales: análisis multidimensional del giro hacia la relacionalidad

Juan David Delgado C.

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y EDUCACIÓN POPULAR (CINEP).

jddelgadoc@unal.edu.co

Hasta mediados de la década de los noventa se va consolidando, tanto en Europa occidental como en Estados Unidos, lo que hoy podremos denominar la agenda clásica en el estudio de los movimientos sociales. Dicha agenda toma la forma de un trípode interpretativo sustentado fundamentalmente en las perspectivas de la movilización de recursos, el proceso político y los procesos enmarcadores. Desde aquel momento hasta hoy los supuestos de estos paradigmas se han sometido a importantes críticas y reelaboraciones, así han dado origen a nuevas agendas investigativas orientadas hacia la relacionalidad. Será el objetivo de este artículo ofrecer un análisis multidimensional al desarrollo de aquellas perspectivas clásicas y contemporáneas, mostrando sus principales planteamientos, críticas y propuestas de investigación sobre este tipo de acción colectiva.

Palabras clave: teorías de movimientos sociales, movilización de recursos, proceso político, procesos enmarcadores, análisis multidimensional, relacionalidad.

Classical and contemporary perspectives in the study of the social movements: multidimensional analysis of the turn toward the relationality.

In the mid-1990s the classical agenda in the study of the social movements is consolidated, as much in Western Europe as in the United States. This agenda takes the form of an interpretive tripod mainly supported in the perspectives of resource mobilization, political process and framing processes. Since that moment the assumptions of these paradigms have been criticized and re-elaborated. This has given origin to new research agendas oriented toward relationality. The purpose of this article is to offer a multidimensional analysis about the development of the classical and contemporary perspectives, showing its main approaches, critics and research proposals on this type of collective action.

Key words: social movements theory, resource mobilization, political process, framing processes, multidimensional analysis, relationality.

Del mismo modo en que la acción de los movimientos sociales se ha convertido en un elemento central en la configuración de las sociedades y el mundo que hoy conocemos –incluso al punto de convertirse en una forma rutinaria de expresar públicamente reivindicaciones colectivas–, así también ha venido en aumento la producción y el interés investigativos en este campo de estudio. Tomando, por ejemplo, cuatro de las revistas de sociología más importantes en Norteamérica (*American Sociological Review*, *American Journal of Sociology*, *Social Forces* y *Social Problems*), puede apreciarse un incremento constante en la proporción de artículos sobre acción colectiva y movimientos sociales, en los últimos cincuenta años: 2,23% en la década de los cincuenta, 4,13% en los setenta y 9,45% en los noventa (Snow, Soule y Kriesi: 2004, p. 5).

De igual forma, existe una variedad de textos excelentes que dan cuenta de las discusiones y los avances teóricos de los principales paradigmas (Goodwin y Jasper: 2004; Goodwin, Jasper y Polleta: 2001; Johnston y Klandermans: 1995; McAdam, McCarthy y Zald: 1999a; McAdam y Snow: 1997; Morris y Mueller: 1992; Snow, Soule y Kriesi: 2004; Tilly y Tarrow: 2007). Evidentemente, la abrumadora producción académica en este campo desborda las posibilidades de este artículo y, por tanto, será imposible hacer justicia a estos esfuerzos.

En lugar de esto, buscaré llevar a cabo una aproximación a la agenda clásica en el estudio de este tipo de acción colectiva, a fin de mostrar los supuestos principales que se hallan en su teorización y las implicaciones que estos compromisos tienen para las agendas de investigación recientes. En este sentido, se trata de un esfuerzo por hacer una mirada más analítica y menos descriptiva de las apuestas y los silencios de las teorías sobre movimientos sociales y acciones colectivas.

¿Cómo analizar, comparar y evaluar las teorías sobre movimientos sociales?

Existen diversas maneras de aproximarse a las teorías sociales a fin de caracterizar sus rasgos principales, sus postulados y los alcances de su mirada. Esto, en otras palabras, exige plantear la pregunta: ¿En qué nivel residen los rasgos característicos o decisivos de toda teorización? Para dar respuesta a este interrogante, por lo general se ha intentado privilegiar uno u otro nivel del continuo en el que se hallan estos constructos. A las teorías generalmente se las ha caracterizado de acuerdo con el nivel ideológico (liberales, radicales o conservadoras), al nivel metodológico (cuantitativas o cualitativas), de acuerdo con sus puntos de vista sobre el cambio social (del conflicto o del equilibrio), o –tal vez la más común– por su afiliación a algún “ismo” (marxismo, funcionalismo, constructivismo, feminismo).

Si bien estas categorizaciones pueden ser útiles, dejan de lado el carácter no empírico más general de la teoría: el *nivel presuposicional*. Siguiendo a Alexander (1990), este nivel

puede entenderse como el lugar donde se asumen los compromisos más generales, no opcionales y a priori que cualquier teoría sociológica enfrenta cuando decide comprender o explicar el mundo social. Estos compromisos están relacionados con las respuestas a dos asuntos grandes y fundamentales: el *problema de la acción* y el *problema del orden*.

Toda teorización sobre el mundo social enfrenta el problema de lo que Alexander denomina “la naturaleza de la acción”, en otras palabras, el asunto sobre la motivación de la acción: ¿En qué grado los seres humanos estamos movidos por el cálculo interesado de los medios más eficaces para la realización de nuestros objetivos individuales o, por el contrario, orientamos nuestras acciones a partir de valores, ideales y sentimientos que nos apartan del cálculo interesado y egoísta? Dependiendo de la respuesta que se le dé a este interrogante, las teorías pueden privilegiar la acción *racional*, cuando conciben a los sujetos como motivados por la acción instrumental (cálculo de medios para fines) cuyos incentivos son externos al sujeto que calcula; o pueden hacer énfasis en la acción *no racional*, cuando atribuyen a las motivaciones subjetivas ideas, valores, normas, emociones o deseos que condicionan de manera intrínseca la acción¹. Claramente, estas polaridades no son decisiones excluyentes, sino extremos de un continuo donde caben distintas posiciones.

El problema del orden da origen a otra dicotomía relacionada con la manera en que se interpretan los fundamentos mismos del mundo social y la libertad humana: ¿Hasta qué punto somos actores creativos que controlan activamente las condiciones de sus vidas o, por el contrario, gran parte de lo que hacemos es el resultado de fuerzas sociales generales que escapan a nuestro control? (Giddens: 2001, p. 832). Con respecto a este problema, podemos hablar de respuestas *colectivistas* cuando las teorías sostienen que el orden social se encuentra formado por estructuras, patrones o sistemas independientes que se imponen en forma externa o interna a la acción de los individuos². Las posiciones *individualistas*, por su parte, aseguran que los patrones de la sociedad son producto de la acción individual que continuamente los modifica. El orden social no se ve como un dato externo que se impone a la acción; por el contrario, es la sociedad la que se encuentra estructurada de manera subjetiva a partir de las acciones individuales³.

¹ “En la teoría social, esta dicotomía alude a si las personas son egoístas (racionales) o idealistas (no racionales), si son normativas y morales (no racionales) en su enfoque del mundo o puramente instrumentales (racionales), si al actuar les interesa aumentar la eficiencia (racionalmente) o si están regidas por emociones y deseos inconscientes (no racionalmente)” (Alexander: 1990, p. 18).

² “La perspectiva colectivista, ya conceptualice el orden social como interior o exterior a un actor, no considera que sea producto de consideraciones de este momento. Todo acto individual, según la teoría colectivista, va impulsado en la dirección de la estructura preexistente” (Alexander: 1990, p. 18).

³ “No sólo creen que los individuos son ‘portadores’ de las estructuras, sino que los actores producen las estructuras en los procesos concretos de interacción individual. Para ellos, no es sólo que los individuos tengan un elemento de libertad, sino que pueden alterar los fundamentos del orden social en cada punto sucesivo del tiempo histórico” (Alexander: 1990, p. 19).

Las permutaciones lógicas entre estos dos pares de presuposiciones forman los ejes más importantes alrededor de los cuales se han estructurado las diferentes tradiciones de la teoría sociológica⁴. De hecho, difícilmente se entienden las ambiciones de la sociología contemporánea si no se enmarcan en los esfuerzos por dar soluciones holísticas y sintéticas al problema del orden y al problema de la acción. La teoría de la estructuración, de Giddens, el neofuncionalismo, de Alexander, los conceptos de *campo* y *hábitus*, de Bourdieu, y la distinción que hace Habermas entre *sistema* y *mundo de la vida*, son claros ejemplos de la centralidad de estos dos ejes del nivel presuposicional.

Así, demostraré que las teorías que han pretendido explicar las dinámicas en las que se hallan inmersos los movimientos sociales se han visto en la tarea de dar respuesta a estos dos problemas, y han dejado vacíos y contradicciones que son el fundamento de las discusiones recientes. El cruce de estas dos polaridades o dicotomías me permitirá abordar los supuestos principales sobre los cuales se ha estructurado la agenda clásica y contemporánea en este campo de investigación, a saber: sus compromisos con la racionalidad de la acción y el papel que juegan las estructuras en su explicación. En el fondo, desde el punto de vista de los movimientos sociales, se trata de resolver dos de los problemas centrales de la modernidad: las motivaciones profundas por las cuales los seres humanos hacemos lo que hacemos, y el grado de libertad que socialmente nos está permitido para cambiar la realidad en que vivimos.

La agenda clásica

Como se concibe hoy, la agenda clásica para el estudio de los movimientos sociales se sustenta en los supuestos y las posturas de tres paradigmas: la *movilización de recursos*, el *proceso político* y los *procesos enmarcadores*. Cada uno de estos paradigmas suministra herramientas conceptuales distintas para la comprensión del origen y las dinámicas propias de los movimientos sociales. De este modo, la atención se centra en tres conceptos clave: *estructuras de movilización*, que dan cuenta tanto de las organizaciones formales como de

⁴ Entre las teorías *no racionales-colectivistas*, que hablan del papel de las estructuras en la consolidación de normas, valores e ideas que se imponen al sujeto tanto externamente (control social) como desde adentro (socialización), encontramos la obra de Durkheim y Parsons. Entre las teorías *racionales-colectivistas*, donde las estructuras aparecen para el sujeto no sólo de forma externa, sino también desde un punto material o materializable, encontramos las tesis de Marx sobre la estructura de clases o la tesis de Weber sobre la racionalización del mundo. Dentro de las teorías *no racionales-individualistas*, que tematizan las dinámicas simbólicas y de sentido que tienen origen en las interacciones e ideaciones de sujetos concretos, encontramos escuelas como el interaccionismo simbólico (Blumer), la sociología comprensiva (Schutz) y la etnometodología (Garfinkel). Entre las teorías *racionales-individualistas*, que ven en el individuo aislado y calculador de costos y beneficios el fundamento del orden social, encontramos una tradición que puede remontarse desde Hobbes, pasando por el utilitarismo, hasta llegar al individualismo metodológico de Elster.

las redes sociales informales; *oportunidades políticas*, que apuntan a las estructuras y las constricciones del ambiente político donde se desenvuelve la acción; *marcos de acción colectiva*, para dar cuenta de los esquemas y los procesos interpretativos que median entre la oportunidad y la acción (McAdam, McCarthy y Zald: 1999b, p. 22).

McAdam, Tarrow y Tilly (2001, p. 16) aseguran que los investigadores que adhieren a esta agenda, con diferencias de énfasis y acentos, han hecho fundamentalmente cuatro tipos de preguntas:

1. ¿Cómo y cuánto afecta el cambio social (sin importar cómo se defina) a) las oportunidades de los actores potenciales; b) las estructuras de movilización que favorecen la comunicación, la coordinación y el compromiso dentro de actores potenciales y entre éstos; c) los procesos enmarcadores que producen definiciones compartidas de lo que está ocurriendo?
2. ¿En qué medida y de qué manera las estructuras de movilización dan forma a las oportunidades, a los procesos enmarcadores y a la interacción contenciosa?
3. ¿En qué medida y cómo las oportunidades, las estructuras de movilización y los procesos enmarcadores determinan los repertorios contenciosos?
4. ¿En qué medida y de qué modo los repertorios existentes median las relaciones entre las oportunidades y la interacción contenciosa, por un lado, y entre los procesos enmarcadores y la interacción contenciosa, por el otro?

Mirada desde un plano más analítico, la agenda clásica buscó ser también un modelo explicativo sobre el surgimiento de este tipo de acción colectiva (gráfico 1). Para esta agenda los movimientos sociales son un producto de la expansión de oportunidades políticas que son aprovechadas por sujetos que se encuentran formal o informalmente

Gráfico 1. Modelo conceptual del surgimiento de un movimiento social



Fuente: McAdam: 1999b, p. 51; McAdam, Tarrow y Tilly: 2001, p. 16.

organizados alrededor de la interpretación de sus reivindicaciones y de sus posibilidades de éxito. Como McAdam, McCarthy y Zald lo han puesto de manifiesto:

La mayoría de los movimientos políticos y revoluciones se catalizan debido a cambios sociales que convierten el orden político establecido en algo más vulnerable o más receptivo al cambio. Pero estas *oportunidades políticas* sólo son uno de los requisitos necesarios. No es probable que se aprovechen si no existe una infraestructura organizativa, informal o formal, capaz de canalizar los procesos. Por último, junto a los requerimientos estructurales de oportunidad y organización hay que mencionar la importancia de significados y definiciones —marcos— compartidos por los partidarios del movimiento emergente (1999, p. 30).

Contrario a lo que podría pensarse, esta agenda y esta manera de aproximarse al estudio de los movimientos sociales, no son un producto exclusivo de la sociología norteamericana. Son el producto de los esfuerzos que hicieron investigadores de ambos lados del Atlántico —hacia mediados de los ochenta— a fin de unificar paradigmas que permitieran ampliar la comprensión de este fenómeno. Prueba de esto es uno de los textos de dos investigadores (uno europeo, otro norteamericano) sobre esta agenda clásica:

Sostenemos que este proceso [de movilización] ocurre a través de las redes sociales y políticas en las cuales se unen individuos y grupos alrededor de metas comunes; a través de oportunidades políticas que les proporcionan aperturas para la acción colectiva; y a través de la construcción de nuevos significados por medio de los cuales surgen nuevos actores (Klandermans y Tarrow: 1988, p. 3).

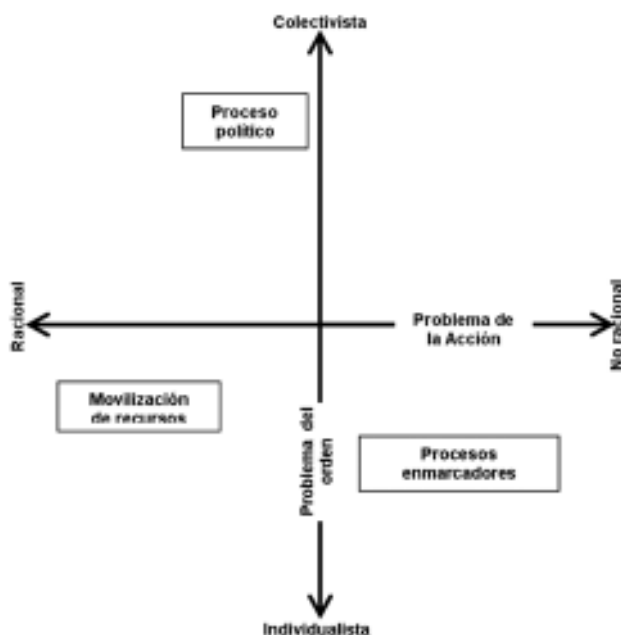
Los críticos más arduos de esta agenda consideran que, en el mejor de los casos, constituye una nueva versión de la movilización de recursos (Cohen y Arato: 2000, p. 562), o una actualización del modelo del proceso político (Goodwin y Jasper: 2004, p. 17). Sin embargo, a partir de cambios significativos en el nivel presuposicional y su correlato en el nivel metodológico, sostendré que es posible concebirla como un trípede explicativo que tiene distintos orígenes y compromisos con la solución al *problema de la acción* y al *problema del orden*.

Así, argumentaré que esta agenda clásica tiene, por una parte, una apuesta *racional-individualista* proveniente de la movilización de recursos, una postura *racional-colectivista* derivada de los supuestos del proceso político, y un compromiso *no racional-individualista* situado en la concepción de los procesos enmarcadores (gráfico 2). La fuerza interpretativa que procede de este trípede no está repartida de igual forma entre sus soportes, algunos de sus paradigmas tienen mayor poder explicativo, y otros hacen parte de *categorías residuales*⁵.

⁵ Alexander llama “categorías residuales” a los conceptos ad hoc introducidos a fin de evitar las consecuencias y las limitaciones de sus decisiones presuposicionales (sobre los problemas del orden y de la acción), sin modificar sustancialmente los compromisos a priori ya adquiridos. Vistos de otra forma, “son como arrepentimientos teóricos: el teórico las inventa porque teme haber pasado por alto un punto crucial” (Alexander: 1990, p. 22).

De hecho, las tensiones que tienen origen en estos distintos compromisos serán las que darán origen a las críticas y a los caminos más recientes de investigación y análisis. Debido a lo anterior, entender el origen de las discusiones contemporáneas que dan forma al estudio de los movimientos sociales, exige volver –de una manera no evolucionista– a los aportes y a las críticas de estos enfoques.

Gráfico 2. Análisis multidimensional de la agenda clásica



El punto de partida: crítica a las teorías del comportamiento colectivo

La agenda clásica en el estudio de los movimientos sociales nace fundamentalmente de las críticas y los vacíos dejados por el enfoque funcionalista y su comprensión de lo que entonces se denominó como comportamiento colectivo⁶, que incluía fenómenos tan

⁶ Otros autores de Europa occidental (Castells: 1997; Laraña y Gusfield: 1994; Melucci: 1996; Touraine: 1981, entre otros) construyeron lo que se llamó el paradigma de “los nuevos movimientos sociales” estructurado a partir de las limitaciones, no tanto de las teorías del comportamiento colectivo provenientes del funcionalismo norteamericano, como del modelo marxista que apareció como incapaz de explicar las acciones colectivas producidas a partir de la segunda mitad de los años sesenta en Europa. También conocido como el paradigma de la identidad, este modelo se mantuvo en la externalidad con respecto a las teorías que se estructuraron alrededor de los problemas no resueltos del modelo funcionalista y que configuran lo que he denominado como la agenda clásica. La razón de esto puede encontrarse en los supuestos *colectivistas* y *no racionales* que subyacen a este enfoque. En la medida en que estas teorías derivan las dinámicas de los movimientos sociales de nuevos e inéditos campos de antagonismo producidos en

disímiles como la moda, las situaciones de pánico y las acciones colectivas. Dentro de esta mirada, autores como Neil Smelser concibieron esas acciones como un resultado de las tensiones y los desequilibrios producidos en las estructuras sistémicas que garantizan el control normativo de la sociedad. Tales tensiones, que modifican el sistema de reglas (normas y valores) a través de las cuales se estructura todo tipo de interacciones, se entienden como una disfunción que se traslada desde el sistema cultural hasta el sistema de la personalidad (Melucci: 2002, p. 30).

Por este motivo, a pesar del énfasis que esta perspectiva hace en las tensiones sistémicas, en últimas se dirige hacia los efectos psicológicos que tales tensiones tienen sobre los individuos. En este sentido, el descontento individual se ve como una manifestación subjetiva, disfuncional y —en algunas ocasiones— irracional de contradicciones generales producidas en las normas y los valores que operan y dan coherencia a una sociedad dada. Todo esto presenta los movimientos sociales como un grupo de individuos inconformes que se suman a la acción colectiva, no para modificar una situación que consideran injusta, sino para manejar sus frustraciones individuales. De ahí que sea posible afirmar que para esta perspectiva funcionalista, los movimientos sociales funcionen más como una terapia psíquica que como una acción orientada políticamente (McAdam: 1999, p. 9).

Movilización de recursos y estructuras de movilización

Buscando contrarrestar tanto el *colectivismo* como el *no racionalismo* que subyace a las perspectivas del comportamiento colectivo, los autores de la movilización de recursos (principalmente McCarthy y Zald: 1977) trasladaron el análisis de los agravios subjetivos de los agentes a las condiciones organizativas racionalmente probables y factibles que tienen los agentes para unirse a la protesta o a un movimiento social. Desde un punto de vista teórico, esto supuso de modo fundamental plantear el problema del origen de los movimientos sociales en los términos utilizados por Mancur Olson (1992), es decir, desde el punto de vista del *Homo economicus* de la microeconomía, que calcula en forma racional los costos y los beneficios de sumarse a una acción colectiva.

los niveles estructurales del sistema social (Touraine habla de las luchas por la historicidad; Melucci y Castells hablan de la sociedad de la información; Inglehart habla de la sociedad posmaterial), de alguna manera revivieron un tipo de análisis que, desde el punto de vista de sus compromisos teóricos generales, era similar al de las teorías del comportamiento colectivo (cambios en las estructuras de la sociedad que determinan las ideas, los valores y las normas a las que se enfrentan los actores sociales).

Sin embargo, habría que esperar hasta la década de los noventa —cuando las soluciones *individualistas* hubieran mostrado cabalmente sus limitaciones— para reintroducir los aportes de las teorías de los nuevos movimientos sociales como una manera de subsanar la pobre conceptualización que hasta el momento se había hecho sobre las dinámicas culturales y simbólicas de las acciones colectivas. Por esta razón estas miradas se analizarán en las agendas contemporáneas, en la medida en que hoy constituyen fuentes de nuevas indagaciones dejadas de lado por la agenda clásica.

Desde el punto de vista de los defensores de la movilización de recursos, las teorías del comportamiento colectivo habían llevado hacia el centro del análisis el descontento, las injusticias y los agravios (en una palabra: los motivos) que tenían los agentes para participar y unirse a un movimiento social, haciendo énfasis en la alteración de estados psicológicos desviados, anormales o irracionales⁷. Este grado de tensión o descontento, como causa más próxima de la acción colectiva, fue visto por los proponentes de la movilización de recursos como una causa insuficiente: si el grado de descontento —afirmaban— es más o menos constante en el transcurso del tiempo, ¿cómo puede esto explicar el surgimiento de los movimientos sociales?

Con el objetivo explícito de “normalizar” el estudio de este tipo de acción colectiva, los movimientos sociales son entendidos como una “forma de hacer política por otros medios” cuyos miembros son tan racionales como aquellos que participaban en la política institucional, puesto que entienden que, al estar excluidos de los recursos institucionales del sistema político, deben proveerse de otros recursos para perseguir y realizar políticamente sus intereses colectivos (McAdam: 1999, p. 20).

El camino más expedito para la consecución de estos recursos fue la fortaleza organizativa que los activistas lograran detentar; fortaleza que incluía la movilización de actores racionales que —por principio— no estaban interesados en unirse a la acción colectiva (aunque sí participar de sus beneficios). De este modo, el marco de análisis de la movilización de recursos se basa en dos afirmaciones fundamentales: 1) quienes participan en ellos no son personas irracionales, y 2) las actividades que realizan los movimientos sociales no son espontáneas ni desorganizadas.

Las críticas a este enfoque han sido de diverso tipo (Ferree: 2001; Jenkins: 1983; McAdam: 1982; Tarrow: 1997); no obstante, sólo quisiera mencionar las que contribuyeron a consolidar la agenda clásica y las discusiones contemporáneas. Desde el punto de vista de la respuesta al problema de la acción, la movilización de recursos fue criticada por su racionalismo estrecho. Esta mirada unidimensional de la elección racional supone dos limitaciones importantes: clausura de los elementos no racionales de la acción y reducción de todas las motivaciones del individuo a incentivos o recompensas externas (Ferree: 2001).

Desde el punto de vista de la solución al problema del orden, el análisis de los movimientos sociales hecho por la movilización de recursos es *individualista*. A pesar de su énfasis en el aspecto organizativo —que nos llevaría a pensar una solución intermedia al problema del orden—, el individuo (en esta ocasión racional) constituye el alfa y el omega del surgimiento de la acción colectiva.

Así, tenemos que la consolidación de este primer eje del trípodé interpretativo significa una respuesta, por un lado, *individualista* al problema del orden, y por otro, básicamente *racionalista* al problema de la acción. Esto representa, por una parte, un

⁷ Para apreciar el tipo de crítica que se hizo a las teorías del comportamiento colectivo desde los supuestos de la movilización de recursos, véase Marx y Wood (1975).

abandono cuidadoso de la dimensión expresiva y simbólica (no racional) de la acción, para sustituirla por la motivación constante y aproblemática del *Homo economicus* de la microeconomía: maximización de beneficios y reducción de costos; por otra parte, también se omite cualquier tipo de consideración sobre las condiciones que limitaban o constreñían el surgimiento y la dinámica de las organizaciones sociales, desde un punto de vista estructural. Por fuera de las formas organizativas y de la acción racional de sus miembros, la movilización de recursos pareció no encontrar nada conceptualizable.

Proceso político y estructura de oportunidades políticas

Los teóricos del proceso político elaboran su teoría sobre la escasa atención que los autores de la movilización de recursos prestan al componente estructural o contextual de los movimientos sociales. Se subraya que la movilización “no surgía en el vacío”, sino que estaba de manera significativa estructurada por las dinámicas del contexto político al que pertenecía. Del estudio hasta ahora inmanente que se había hecho de las organizaciones había que dar paso a una perspectiva trascendente que se fijara en los elementos que están por fuera del alcance y el control de los activistas, y que condicionan o limitan su actuar.

El origen de esta perspectiva, según sus propios defensores, se encuentra en la obra de Peter Eisinger (1973), quien utiliza el término “estructura de oportunidades políticas” para explicar las variaciones en el comportamiento de la protesta en cuarenta y tres ciudades norteamericanas (McAdam: 1999a, p. 49). Incluso algunos autores han querido mostrar el origen de esta mirada en los escritos de Alexis de Tocqueville, señalando su interés en hacer explícita la vinculación entre Estados y movimientos sociales (Tarrow: 1999, p. 77). Sin embargo, dos de sus críticos más asiduos (Godwin y Jasper) han afirmado que el origen no confesado de este enfoque se encuentra en el funcionalismo-estructuralismo de Robert Merton (2002)⁸.

De igual forma, tal postura coincide con el clima intelectual de la época, que vuelve a ubicar el Estado en el centro del análisis político, otorgándole una autonomía relativa

⁸ En su artículo “Continuidades en la teoría de la estructura social y la anomia”, Merton escribe sobre la centralidad que tiene para el problema de la anomia las disyuntivas entre las metas culturales y el acceso a ellas estructurado socialmente. Al respecto sugiere que “investigaciones ulteriores tendrán que resolver el difícil problema de obtener datos sistemáticos *tanto* sobre las metas *como* sobre el acceso normado a las oportunidades, y de analizarlos en *conjunto* para ver si la combinación de aspiraciones elevadas y de pocas oportunidades ocurre con frecuencia notablemente diferente en diferentes estratos sociales, grupos y comunidades, y si, a su vez, esas diferencias se relacionan con diferentes proporciones de conducta divergente”. De ahí que concluya que sea relevante encontrar datos sobre la “*accesibilidad relativa a la meta*: ‘ocasiones de la vida’ en la estructura de oportunidades” (Merton: 2002, pp. 254-255).

con respecto a la estructura de clases (Evans, Rueschemeyer y Skocpol: 1985; Skocpol: 1984). El Estado es visto no sólo como un agente (o grupo de agentes), sino como un contexto estructural que, de acuerdo con sus arreglos institucionales, potenciaba o limitaba el surgimiento y el impacto de los movimientos sociales. De la psicología social y la microsociología, pasando por la microeconomía y la sociología organizacional, el estudio de los movimientos sociales se encuentra ahora en los terrenos de la ciencia política y la sociología política.

Este modelo es desarrollado inicialmente por Tilly (1978), y ha sido popularizado y refinado por McAdam (1982) y Tarrow (1997). En el fondo, se basa en la convicción según la cual la relación más relevante en el estudio de los movimientos sociales es la que éstos sostienen con la política institucional, en la medida en que ésta última condiciona de modo estructural el surgimiento, la forma y el impacto de los primeros. En otras palabras, las dinámicas más decisivas de un movimiento social determinado no dependen de manera significativa de su grado de organización ni de las motivaciones que compartan sus participantes, sino de la configuración política institucional de su entorno que, por definición, escapa a su control y a su voluntad:

Al hablar de estructura de las oportunidades políticas me refiero a dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales— del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente. El concepto de oportunidad política pone el énfasis en los recursos *exteriores* al grupo —al contrario que el dinero o el poder—, que pueden ser explotados incluso por luchadores débiles o desorganizados (Tarrow: 1997, p. 49).

En este sentido, ha habido dos importantes discusiones y críticas sobre los alcances conceptuales y metodológicos de la oportunidad política. La primera busca establecer con mayor claridad y precisión las variables que hacen parte de la oportunidad política, es decir, en qué características concretas de la estructura política puede evaluarse la estructura de oportunidades (McAdam: 1999; Tarrow: 1999). La segunda apunta hacia la especificación de las variables dependientes de esta estructura; en otras palabras, equivale a preguntarse: ¿Da la oportunidad política oportunidades para qué? (Meyer: 2004; Meyer y Minkoff: 2004).

Así, el segundo eje del trípode interpretativo que sustenta la agenda clásica es *colectivista* en su respuesta al problema del orden y *racional* con respecto al problema de la acción. Con respecto al primero (el orden), el origen, la dinámica, las formas y las consecuencias de la acción de los movimientos sociales son supeditados a la apertura o cierre de la estructura de oportunidades políticas. Esta estructura es definida ambiguamente como un contexto político que en principio es externo a los actores, del cual no hacen parte ningún tipo de consideraciones estratégicas o simbólicas.

Con relación al segundo (la acción), el paradigma del proceso político asume en forma inercial y aproblemática la solución racionalista de la movilización de recursos.

Continúa manejándose el lenguaje de “los incentivos”, ahora condicionados por los efectos de las estructuras estatales. Sin embargo, en aquella posición racionalista no se encuentran las apuestas principales de este paradigma, por esto el proceso político opta por un racionalismo más blando, criticando los abusos de la perspectiva anterior sin ofrecer a cambio una alternativa no residual.

Procesos enmarcadores y marcos de acción colectiva

Mientras el proceso político tomaba auge y se convertía en el nuevo paradigma dominante en el estudio de los movimientos sociales, paralelamente surgía la perspectiva de los procesos enmarcadores. Esta perspectiva surge en principio a partir de las críticas hechas al paradigma de la movilización de recursos, en particular a su racionalismo limitado. Concibiendo al sujeto de la acción como un individuo racional, aquel paradigma también concibe la realidad como un contexto objetivo que se impone sin distinción a los individuos. Como debería ocurrir en el mercado, lo que existe es un flujo de información que es percibido por los agentes, de manera clara, invariable y unívoca, en la forma de costos y beneficios.

Basados en el trabajo de Erving Goffman (1974), Snow y otros (1986, 1988) reintrodujeron los supuestos interaccionistas y constructivistas al estudio de los movimientos sociales. Esto significa comprender que el mundo social no se encuentra estructurado como cosas que se imponen de manera objetiva y externa al sujeto, sino que se encuentra profundamente estructurado por las interpretaciones de los agentes. Asumir que las reivindicaciones, el descontento y las injusticias están sujetos a diversas interpretaciones —y que según cómo éstas sean comprendidas, así mismo se actuará en consecuencia— lleva a estos investigadores a definir estos elementos simbólicos y cognitivos en términos de *marcos* para la acción colectiva:

El término “marco” (y enmarcamiento) es tomado de Goffman para denotar “esquemas de interpretación” que permiten a los individuos “localizar, percibir e identificar y etiquetar” los hechos de su propio mundo y del mundo en general (Snow *et al.*: 1986, p. 464).

Los marcos de acción colectiva también llevan a cabo esta función interpretativa simplificando y condensando aspectos del “mundo allá afuera” de formas destinadas a movilizar las bases y potenciales participantes, aumentar el apoyo de las audiencias, y desmovilizar a los antagonistas. Así, los marcos de acción colectiva son conjuntos de creencias y significados orientados hacia la acción que inspiran y legitiman las actividades y las campañas de una organización de movimiento social (Benford y Snow: 2000, p. 614).

Derivado de lo anterior, esta perspectiva busca remplazar el enfoque racional-institucional de la política, por una mirada centrada en el componente simbólico-expresivo de la acción, es decir, en “la política de significación” (Benford y Show: 2000, p. 613). De este modo, se sitúa en el centro de la discusión la lucha por la definición legítima de la realidad, la lucha por la producción de ideas y significados sobre lo que es problemático en la sociedad. En este sentido, los movimientos sociales son concebidos como “agentes significativos, activamente comprometidos en la producción y el mantenimiento de significado para sus bases, los antagonistas y las audiencias” (Snow y Benford: 1988).

Las críticas hacia la perspectiva de los procesos enmarcadores han venido desde varios lugares; no obstante, son en particular importantes las que han señalado el enfoque limitado que este paradigma tiene de los diversos componentes no racionales de la acción. Evidentemente, la mirada de los procesos enmarcadores es el único componente de la agenda clásica que puso en el centro del análisis el ámbito cultural y los elementos no racionales de la acción; sin embargo, su relación con otras categorías que buscan dar cuenta de este ámbito ha sido ambigua, problemática o simplemente evadida. De este modo, los marcos de la acción colectiva han sido criticados por su silencio en relación con el discurso (Fisher: 1998), con la ideología (Oliver y Johnston: 2000), con las identidades (Hunt, Benford, y Show: 2001) y con otros elementos de la cultura vista con mayor amplitud (tradiciones, artefactos, sentido común, rutinas noticiosas, retórica) (Goodwin y Jasper: 2004).

Llevando estas críticas a los términos en los que he planteado el análisis de estos paradigmas, sostengo que gran parte de ellas en últimas apuntan a la visión cognitiva e instrumental de la cultura que se deriva de los compromisos que tienen los procesos enmarcadores con el *no racional-individualismo*. Buscando recuperar las preguntas y las realidades que habían sido dejadas de lado cuando se criticaron las teorías del comportamiento colectivo, esta perspectiva asume no problemáticamente la herencia interaccionista en el estudio de los movimientos sociales. Con esto el ámbito de lo cultural se vuelve un sinónimo de lo subjetivo, lo maleable y lo habilitante que a lo sumo residía en la dinámica organizativa, cuando no en la cabeza de los participantes (Polletta: 2004). De ahí el notable vacío que tiene la agenda clásica en su comprensión de las dinámicas *no racional-colectivistas* en las que se halla inmersa la acción colectiva⁹.

Las agendas contemporáneas

Si aún hoy es difícil hablar de una agenda clásica en el estudio de los movimientos sociales sin caer en reducciones excesivas (de las cuales este corto artículo no se escapa

⁹ Vacío que evidentemente se produce como resultado de haber dejado por fuera la apuesta *no racional-colectivista* que se hallaba detrás de la comprensión de lo cultural que proponían las teorías de los nuevos movimientos sociales.

del todo), todavía es más complicado hablar de una agenda contemporánea. No obstante, si bien no hay un acuerdo explícito sobre lo que significaría una aproximación contemporánea de este fenómeno, sí es posible resaltar algunos cambios significativos con relación a los supuestos iniciales de la agenda clásica.

Así, argumentaré que el estudio de los movimientos sociales, en términos generales, está dando un giro hacia la *relacionalidad* (Emirbayer: 1997; Somers: 1998) con respecto a sus respuestas iniciales al problema del orden y al problema de la acción. Este giro —distinto de ser un giro posmoderno, fenomenológico, culturalista o constructivista— puede caracterizarse como el esfuerzo por combatir las posturas estáticas, sustancialistas y unilaterales que han sustentado a las tres grandes posturas de la agenda clásica (racional-individualista, racional-colectivista y no racional-individualista). Definido de manera positiva, se trata de una apuesta por una mirada relacional y dinámica de la acción colectiva que busque reconciliar hacia el centro del esquema los supuestos *racional-no racionales* del problema de la acción y los compromisos *colectivistas-individualistas* del problema del orden.

Vista como un todo, la agenda clásica crea dicotomías falsas y agrega categorías residuales cuando no puede reconciliar los supuestos disímiles sobre los que estaba sustentada. Así, esta agenda crea interrogantes importantes que no pueden resolverse desde sus mismos planteamientos. Si las oportunidades políticas tienen un carácter estructural y, por esta naturaleza, son externas y escapaban al control y a la voluntad de los agentes (Tarrow: 1997), ¿entonces cómo operan sobre las estrategias y las interpretaciones concretas de éstos, cómo reconciliar la imagen de unos agentes cuyas representaciones de la realidad no incluyen las estructuras que los condicionan o determinan? Si la fortaleza organizativa de un movimiento social depende de los recursos materiales que detentan sus organizaciones (McCarthy y Zald: 1977), ¿qué nos lleva a suponer que los recursos van a utilizarse para aumentar la capacidad movilizadora, si no se tienen en cuenta las discusiones interpretativas sobre los medios más adecuados para alcanzar los fines propuestos, y las presiones del entorno, no sólo político, sino también cultural y organizacional? Si los procesos enmarcadores son las dinámicas centrales para la micromovilización de los participantes (actuales y potenciales) y la construcción social de problemas e injusticias (Snow y Benford: 1988), ¿cómo estas elaboraciones se relacionan con (y son constreñidas por) las tradiciones culturales más amplias y sus significados más sedimentados?

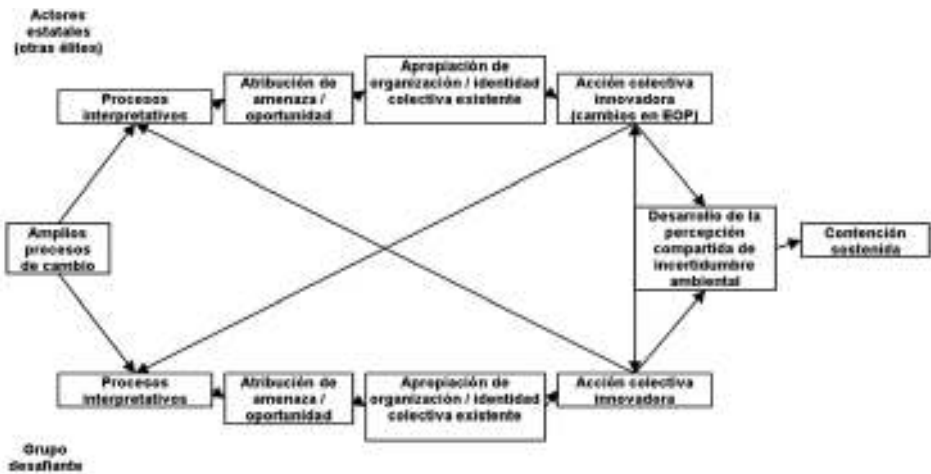
Los trabajos contemporáneos de alguna u otra forma han buscado responder a algunos de estos interrogantes, tratando de no apelar a nuevas soluciones agregativas o residuales. Tal vez la evidencia más clara de esta *relacionalidad*—dadas sus ambiciones— se aprecia en la reciente obra conjunta de McAdam, Tarrow y Tilly, *Dynamics of contention* (2001). Aquí no sólo se identifican como una especie de “estructuralistas arrepentidos”, sino que hacen explícito su compromiso con una mirada más relacional y dinámica que

asuma, no residualmente, los compromisos derivados de los enfoques *no racionales-individualistas* (dada la proveniencia *racional-colectivista* de estos autores):

Venimos de una tradición estructuralista. Pero en el curso de nuestro trabajo sobre una amplia variedad de contiendas políticas en Europa y Norteamérica, descubrimos la necesidad de tomar en cuenta la interacción estratégica, la conciencia y la cultura acumulada históricamente. Tratamos la interacción social, los vínculos sociales, la comunicación y la conversación no sólo como expresiones de una estructura, una racionalidad, una conciencia o una cultura, sino como lugares activos de creación y cambio. Hemos llegado a concebir las redes interpersonales, la comunicación interpersonal y diversas formas de negociación continua –incluida la negociación de identidades– como elementos centrales en las dinámicas de la contienda (McAdam, Tarrow y Tilly: 2001, p. 22).

Si bien su intento de síntesis es problemático e incompleto y se encuentra lejos de haber superado la agenda clásica¹⁰, no obstante, puede ser tomado como un punto de partida para entender las tendencias de una interpretación más compleja de la acción colectiva.

Gráfico 3. Marco dinámico e interactivo para analizar la movilización en la contienda política



Fuente: McAdam, Tarrow y Tilly: 2001, p. 45; McAdam: 2004, p. 211.

¹⁰ Véase la discusión publicada en *Mobilization* (Vol. 8, No. 1, Febrero de 2003), a propósito de los alcances y las limitaciones de su libro.

Las primeras y más evidentes modificaciones hacia la *relacionalidad* se aprecian en su modelo dinámico de movilización (gráfico 3). Este marco interpretativo busca llevar a cabo en el estudio de los movimientos sociales fundamentalmente tres desplazamientos: 1) de la estructura de oportunidad a la atribución de amenaza y oportunidad; 2) de las estructuras de movilización a la apropiación social; y 3) del enmarcamiento estratégico a la construcción social.

1) *Atribución de amenaza y oportunidad*. Como ellos lo mencionan, el énfasis en la atribución de amenaza y oportunidad supone tres cosas con respecto a la agenda clásica. Primero la oportunidad no es el único elemento para tener en cuenta a la hora de estudiar el contexto político de la acción colectiva. La amenaza (de hecho o probable), que no se reduce a una definición negativa, en interacción con la oportunidad, da cuenta del tipo de dinámicas que toman las acciones colectivas (Goldstone y Tilly: 2001). Segundo, amenaza y oportunidad no son datos objetivos que se imponen desde fuera a los agentes, sino que son elementos contruidos/interpretados durante la interacción, llegando incluso a crearse la oportunidad donde ella no existe “objetivamente” (Kurzman: 1996). Tercero, tal atribución interpretativa no es capacidad exclusiva de los movimientos sociales o los activistas, todos los agentes que intervienen en la contienda política ponen en marcha tales esquemas de sentido sobre oportunidad y amenaza.

En lugar de pensar que sólo los insurgentes son intérpretes de los estímulos ambientales, nosotros vemos a desafidores, miembros y sujetos como grupos que responden simultáneamente a los procesos de cambio y a las acciones de los demás en su intento por explicar sus situaciones y dar forma a líneas de acción basadas en sus interpretaciones de la realidad (McAdam, Tarrow y Tilly: 2001, p. 46).

2) *Apropiación social*. La apropiación social se encuentra sustentada sobre la crítica al antropomorfismo que la agenda clásica atribuye a las organizaciones de movimiento social. el racionalismo de la movilización de recursos oscurece a tal punto la intervención del sujeto que las organizaciones son analizadas como entidades autónomas con vida propia (Kriesi: 1999). De ahí la importancia de resaltar la capacidad y los esfuerzos de los sujetos que se hallan detrás de las estructuras de movilización, resaltando el papel que juega el tipo de manejo que se le da a estas organizaciones en un contexto determinado (Davis, McAdam, Scott y Zald: 2005).

Es la capacidad del desafiador para apropiarse de una organización y de personas suficientes que le den una base social/organizativa –y no la organización en sí misma– lo que hace posible la movilización. [...] Del mismo modo que la atribución de oportunidad y amenaza, el proceso de apropiación social aplica a todas las partes de un episodio contencioso emergente. Miembros y

desafiadores, tanto como los sujetos, se enfrentan al problema de movilizar recursos organizacionales (McAdam, Tarrow y Tilly: 2001, p. 47).

3) *Construcción social*. Como una consecuencia de las críticas recientes que se han hecho al paradigma del proceso político por sus compromisos dominantes con el estructuralismo (Goodwin y Jasper: 2004), los autores de *Dynamics of contention* han querido dar una mayor primacía a los elementos *no racionales* de la acción otorgándole centralidad analítica a los procesos interpretativos a la hora de explicar las trayectorias de la acción colectiva. No obstante, es en este punto donde se notan más claramente las limitaciones de la nueva síntesis que proponen McAdam, Tarrow y Tilly. El modelo continúa confundiendo la comprensión de la cultura como un elemento inherente y ubicuo a todas las dinámicas de un movimiento social, con la conceptualización de lo cultural como un ámbito al que se dirige la acción colectiva a fin de desafiar y modificar los códigos dominantes que establecen las formas legítimas de ser, pensar o actuar¹¹.

Entre los [procesos interpretativos] más importantes se encuentran aquellos que dan lugar a la atribución de nuevas amenazas y oportunidades por parte de una o más de las partes de un conflicto emergente y la reimaginación de objetivos legítimos vinculados a lugares sociales y/o identidades establecidas (McAdam, Tarrow y Tilly: 2001, p. 48).

Si bien en la síntesis de McAdam, Tarrow y Tilly (2001) podríamos concluir que los elementos *no racionales* de la acción no participan del giro hacia la *relacionalidad* del que he hablado, importantes investigadores provenientes del culturalismo y el constructivismo han hecho esfuerzos significativos por integrar en el continuo colectivista-individualista los diversos elementos *no racionales* de la acción.

El esfuerzo pionero en este campo lo hace Klandermans con su trabajo sobre la construcción social de la protesta (2001). Asumiendo que los sujetos actúan en una realidad que es objeto de percepciones diferentes y que, por ende, los problemas sociales no son circunstancias objetivas que se imponen de igual manera para todos, sino que son el resultado de los procesos de definiciones colectivas de la situación, este autor busca reconciliar el problema del orden en el ámbito de la cultura.

Así, Klandermans recoge las propuestas de Melucci (1996, 2002) sobre la formación de la identidad colectiva¹², los trabajos de Snow y otros (1986, 1988) sobre el alineamiento

¹¹ Esto es lo que podríamos llamar con Cohen y Arato (2000, p. 588) “política de influencia”, o con Escobar, Álvarez y Dagnino (2001, p. 26) “política cultural”.

¹² Melucci sostiene que movimientos sociales y la acción colectiva son procesos por medio de los cuales los actores producen significado que ponen en tela de juicio y desafían los códigos dominantes de la vida cotidiana. De ahí la importancia de una identidad colectiva que los defina como un grupo con concepciones, metas y opiniones compartidas.

de marcos¹³, sus propias elaboraciones sobre la movilización del consenso (Klandermans: 1988)¹⁴, y los trabajos de Gamson y otros (1989, 1993) sobre el impacto del discurso público en las identidades colectivas de los movimientos sociales¹⁵, a fin de ubicar estos aportes en los distintos niveles del continuo *no racional-individualista–no racional-colectivista*. En su opinión:

Ninguno de los enfoques combina el nivel colectivo y el nivel individual. Sin embargo, los marcos teóricos desarrollados para estudiar la formación y la transformación de las creencias colectivas deben tomar en consideración que tanto el nivel colectivo de análisis como el individual son necesarios para una explicación comprensiva. De hecho, si no hubiese individuos no habría nadie con quien compartir creencias, y sin creencias colectivas no hay nada que compartir (Klandermans: 2001, p. 189).

Con el propósito de superar esta disyuntiva, este autor propone que el estudio de la construcción de significado debe estructurarse a partir de tres grandes niveles: a) el del discurso público y la formación y la transformación de identidades colectivas; b) el de la comunicación persuasiva durante las campañas de movilización por parte de las organizaciones de movimientos y contramovimientos, así como de sus oponentes; y c) el de la concienciación durante episodios de protesta.

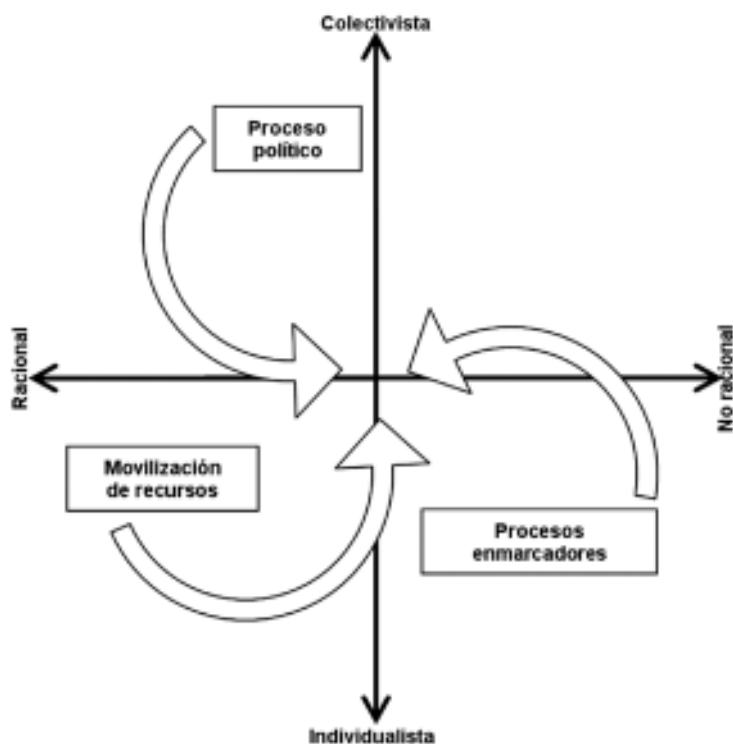
Estos tres niveles no son independientes entre sí, por el contrario apuntan a comprender las distintas cristalizaciones que toma la misma realidad cultural en la cual habitan los movimientos sociales. El primer nivel es el ámbito general donde suceden los procesos a largo plazo de formación y transformación de las creencias colectivas. En este nivel se encuentran los significados más sedimentados y poco cambiantes que limitan o condicionan la construcción de sentido de la acción colectiva. En el segundo nivel los sectores en pugna tratan de movilizar el consenso buscando un apoyo a su situación en las creencias colectivas de distintos grupos sociales. En este mesonivel se realizan los esfuerzos deliberados que llevan a cabo los movimientos para alinear los

¹³ Para Snow la actividad clave de los movimientos sociales consiste en inscribir las denuncias en marcos que identifiquen una injusticia, atribuyan la responsabilidad de la misma a otros y propongan soluciones. Así, la tarea de las organizaciones del movimiento consiste en tratar de conectar (alinear) las interpretaciones del público con las interpretaciones que promueve el movimiento.

¹⁴ En la opinión de Klandermans, más allá del nivel organizativo, es posible distinguir entre movilización del consenso y formación del consenso: la primera se define como el intento deliberado de un actor social para crear consenso en un sector de la población; la segunda se refiere a la convergencia imprevista de significado en las redes sociales y las subculturas.

¹⁵ Gamson enfatiza que, debido al papel central que tienen los medios de comunicación, los movimientos sociales se ven cada vez más inmersos en una lucha simbólica por el significado y la interpretación. De ahí que sea imprescindible estudiar la evolución del discurso de los medios de comunicación para comprender la estructuración del discurso de los movimientos sociales y sus posibilidades simbólicas de movilización.

Gráfico 4. El giro hacia la *Relacionalidad* de la agenda contemporánea



marcos de interpretación, para consolidar una situación como problema, así como para atribuirle una causa y unos responsables. El tercer nivel —afirma Klandermans— afecta exclusivamente a los individuos que toman parte en los episodios de protesta colectiva o a los observadores de los mismos. Es el sustrato de sentido más íntimo que no se reduce a las elaboraciones de significado que hacen las organizaciones, ni a las inercias de sentido que provienen del discurso público, apunta más bien a las trayectorias y las consecuencias biográficas del activismo.

El discurso público y la formación y la transformación de las identidades colectivas en principio concierne a todos los miembros de la sociedad o bien a un sector específico de la misma. La comunicación que tiene como meta la persuasión afecta únicamente a aquellos individuos que constituyen su objetivo, y la concienciación durante episodios de acción colectiva afecta sobre todo a los que participan en la acción colectiva, aunque también pueden incidir en los espectadores que simpatizan con ella (Klandermans: 2001, p. 197).

Tanto los esfuerzos de McAdam, Tarrow y Tilly, como el de Klandermans pueden verse como síntesis incompletas o fallidas; lo que tal vez no puede negarse es su esfuerzo

orientado a producir una aproximación compleja que de cuenta, por una parte, de las dimensiones racionales y no racionales de la acción, y por otra, de los elementos colectivistas e individualistas del orden social (gráfico 4). Hablar de “atribución de amenaza y oportunidad” representa un movimiento desde la postura *racional-colectivista* (del proceso político) hacia una *no racional-individualista*. Asumir la “apropiación social” muestra un desplazamiento de los supuestos *racional-individualistas* (de la movilización de recursos) a unos compromisos *no racional-individualistas*. Finalmente, hablar del “discurso público” —o de “oportunidades culturales” (McAdam: 2001), o de “estructuras culturales” (Polletta: 2004)— evidencia un interés por equilibrar la mirada *no racional-individualista* (de los procesos enmarcadores) con algunas categorías que den cuenta de las dimensiones *no racional-colectivistas* de la acción. En última instancia se trata de producir —como afirma Klandermans en relación con el análisis cultural— una mirada sintética y comprensiva que se integre a los interrogantes y paradigmas clásicos en este campo de estudio:

El análisis cultural, entonces, debe incluirse en y relacionarse con el conocimiento existente. De otra forma, correríamos el riesgo otra vez de botar al bebé con el agua de la bañera. Especialmente con respecto a varios temas actuales en la teoría sobre movimientos sociales —enmarcamiento, identidad colectiva, ciclos de protesta—, el avance teórico proviene de incorporar lo que conocemos sobre el rol de las organizaciones, los recursos materiales y la estructura social, con la cultura (Johnston y Klandermans: 1995, p. 21).

Conclusión y discusión

Partiendo de la caracterización —siempre artificiosa y eventualmente arbitraria— de los principales postulados conceptuales de la agenda clásica en el estudio de los movimientos sociales, busqué desentrañar los principales compromisos que en el nivel presuposicional sustentaban las apuestas de los tres grandes paradigmas: la movilización de recursos, el proceso político y los procesos enmarcadores. Con esto evidencié que esta agenda había surgido a la luz de tres grandes supuestos: el racional-individualista, el racional-colectivista y el no racional-individualista.

A pesar de los notables vacíos que deja mi exposición sobre las perspectivas recientes de estudio —como el papel de las emociones en la acción colectiva—, sustenté que la agenda contemporánea, al criticar los supuestos principales del anterior trípode interpretativo, había dado un giro hacia la *relacionalidad*. Con este nombre hice referencia a las pretensiones de algunos investigadores de elaborar una mirada relacional y dinámica de la acción colectiva que busca reconciliar los supuestos *racional-no racionales* del problema de la acción y los compromisos *colectivistas-individualistas* del problema del orden.

La *relacionalidad* en el estudio de los movimientos sociales es un giro emergente, incompleto y problemático, sin embargo, muy inspirador para las nuevas generaciones de investigadores de la acción colectiva. En el fondo, se trata de producir una mirada compleja y dinámica que tenga como horizonte no abandonar las preguntas fundamentales que han configurado el campo de estudio de los movimientos sociales, pero sí producir respuestas más comprensivas que no pretendan reconstruir la historia desde un punto de vista unilateral. Al respecto, este momento analítico apunta a una mirada holística que dé cuenta de las interacciones complejas entre movimientos sociales, política y cultura, analizándolas desde un punto de vista dinámico.

Así mismo, estos abordajes contemporáneos en el estudio de los movimientos sociales ponen la discusión a un nivel que nos obliga como investigadores a alejarnos cada vez más de dicotomías tan famosas e infructuosas como estrategia o identidad, viejos y nuevos movimientos, movimientos sociales y movimientos políticos. Entender que la identidad no es sólo un problema de los movimientos étnicos; que los movimientos campesinos también están inmersos en dinámicas simbólicas tanto o más que los grupos LGBT; que puede haber tanta racionalidad instrumental en el movimiento de trabajadores como en el feminista, y que todos ellos se encuentran en dinámica y contradicción permanentes, tanto con los actores estatales como con los códigos culturales dominantes en la sociedad, nos obliga a abandonar los lugares comunes y las miradas prejuiciosas que tanto daño han hecho al estudio de este tipo de acciones colectivas.

Las implicaciones metodológicas de esta postura relacional ya empiezan a evidenciarse en trabajos recientes, sin embargo, “los cómo” de estas pretensiones teóricas aún están por venir. Si en últimas, como afirmaba al comienzo de este artículo, lo que se esconde detrás de estas disquisiciones teóricas sobre la acción colectiva son las preguntas sobre las motivaciones profundas por las cuales los seres humanos hacemos lo que hacemos, y el grado de libertad que socialmente nos está permitido para cambiar la realidad en que vivimos. La *relacionalidad* a la que quiere orientarse la teoría sobre movimientos sociales alberga —cuanto menos— la probabilidad de ofrecernos una respuesta más compleja y responsable sobre la libertad humana, de la que nos hemos dado hasta el momento.

Referencias bibliográficas

- ALEXANDER, Jeffrey (1990). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial: análisis multidimensional*. Barcelona: Gedisa.
- BENFORD, Robert D. y SNOW, David A. (2000). Framing processes and social Movements: An overview and assessment. En *Annual Review of Sociology*, No.26.
- CASTELLS, Manuel (1997). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El Poder de la Identidad*, Vol. 2. Madrid: Alianza Editorial.
- COHEN, Jean L. y ARATO, Andrew (2000). *Sociedad civil y teoría política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- DAVIS, Gerald F., Doug MCADAM, SCOTT, W. Richard y ZALD, Mayer N. (2005). *Social movements and organization theory*. New York: Cambridge University Press.
- EISINGER, Peter (1973). The conditions of protest behavior in American cities. En *American Political Science Review*, No.67.
- ESCOBAR, Arturo, ÁLVAREZ, Sonia y DAGNINO, Evelina (2001). *Política cultural y cultura política*. Bogotá: Taurus-Icanh.
- EVANS, Peter, RUESCHEMEYER, Dietrich y SKOCPOL, Theda (1985). *Bringing the state back in*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FERREE, Myra Marx (2001). El contexto político de la racionalidad: las teorías de la elección racional y la movilización de recursos. En *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid.
- FISHER, K. (1998). Locating frames in the discursive universe. En *Sociological Research Online*, No.2 (3). <<http://www.socresonline.org.uk/2/3/4.html>>
- GAMSON, William A. y MODIGLIANI Andre (1989). Media discourse and public opinion on nuclear power: A constructionist approach. *American Journal of Sociology*, No.95.
- GAMSON, William A. y WOLFSFELD, Gadi (1993). Movements and media as interacting system. En *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, No. 528.
- GIDDENS, Anthony (2001). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- GOFFMAN, Erving (1974). *Frame analysis: An essay on the organization of experience*. New York: Harper & Row.
- GOLDSTONE Jack y TILLY, Charles (2001). Threat (and opportunity): Popular action and state response in the dynamics of contentious action. En R. Aminzade Ronald et al. *Silence and voice in the study of contentious politics*. New York: Cambridge: University Press.
- GOODWIN, Jeff y JASPER, James M. (2004). *Rethinking social movements: Structure, meaning, and emotion*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- GOODWIN, Jeff, JASPER, James M. y POLLETTA, Francesca (2001). *Passionate politics: Emotions and social movements*. Chicago: University of Chicago Press.
- HUNT, Scott, BENFORD, Robert y SNOW, David (2001). Marcos de acción

colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos. En E. Laraña y J. Gusfield, (Eds.). *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.

JENKINS, Craig (1983). Resource mobilization theory and the study of social movements. En *Annual Review of Sociology*, No.9.

JOHNSTON, Hank y KLANDERMANS, Bert (1995) *Social Movements and Culture*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

KLANDERMANS, Bert (2001). La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos. En: E. Laraña y J. Gusfield (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid: CIS.

_____ (1988). The Formation and Mobilization of Consensus. En B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds.). *From Structure to Action: comparing social movement research across cultures*, International Social Movement Research, Vol. 1. Greenwich: JAI Press.

KLANDERMANS, Bert y TARROW, Sydney (1988) Mobilization into social movements: Synthesizing European and American approaches. En *International Social Movement Research*, No. 1.

KRIESI, Hans Peter (1999). La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político. En McAdam, D., J. D. McCarthy y M. N. Zald (eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo.

KURZMAN, Charles (1996). Structural Opportunity and Perceived Opportunity in Social-Movement Theory: The Iranian Revolution of 1979. En *American Sociological Review*, No. 61.

LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (1994). *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

MARX, Gary T. y WOOD, James L. (1975). Strands of Theory and Research in Collective Behavior. En *Annual Review of Sociology*, No. 1.

McADAM, D. (2004). Revisiting the U.S. Civil Rights Movement: Toward a More Synthetic Understanding of the Origins of Contention. En J. Goodwin y J. M. Jasper (eds.). *Rethinking social movements: Structure, meaning, and emotion*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.

_____ (1999b). *Political process and the development of black insurgency, 1930-1970*. Chicago: University of Chicago Press.

_____ (1999a). Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación. En D. McAdam, J. D. McCarthy, y M. N. Zald (Eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.

MCADAM, Doug y SNOW, David A. (1997). *Social movements: Readings on their emergence, mobilization, and dynamics*. Los Angeles: Roxbury Pub.

MCADAM, Doug, MCCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (1999a) *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.

- _____ (1999b). Introducción Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales. En D. McAdam, J. D. McCarthy y M. N. Zald (Eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- MCADAM, Doug, TARROW, Sidney y TILLY, Charles (2001). *Dynamics of contention*. New York: Cambridge University Press.
- _____ (2001). Cultura y movimientos Sociales. En: E. Laraña y J. Gusfield (Eds.). *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- MCCARTHY, John D. y ZALD, Meyer N. (1977). Resource mobilization and social movements: A partial theory. En *American Journal of Sociology*, No.8.
- MELUCCI, Alberto (2002). *Acción Colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D. F.: Colegio de México.
- _____ (1996). *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge: University Press.
- MEYER, David S. (2004). Protest and political opportunities. En *Annual Review of Sociology*, No. 30.
- _____ y MINKOFF, Debra C. (2004). Conceptualizing political opportunity. En *Social Forces*. No. 82 (4).
- MORRIS, Aldon D. y MUELLER, Carol M. (1992). *Frontiers in social movement theory*. New Haven: Yale University Press.
- OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank (2000). What a good idea! frames and ideologies in social movement research. En *Mobilization*, No.5.
- OLSON, Mancur (1992). *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*. Ciudad de México: Limusa.
- POLLETTA, Francesca (2004). Culture is not just in your head. En J. Goodwin y J. M. Jasper (Eds.). *Rethinking social movements: Structure, meaning, and emotion*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- SKOCPOL, Theda (1984). *Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SNOW, David A., ROCHFORD, E. Burke, WORDEN, Steven K. y BENFORD, Robert D. (1986). Frame alignment processes, micromobilization, and movement participation. En *American Sociological Review*, No.51.
- SNOW, David A. y BENFORD, Robert (1988). Ideology, frame resonance and participant mobilization. En B. Klandermans y S. Tarrow. From structure to action: Comparing social movement research across cultures. *International Social Movement Research*, Vol. 1. Greenwich: JAI Press.
- SNOW, David A., SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (2004). *The Blackwell companion to social Movements*. Malden: Blackwell Pub.
- TARROW, Sidney (1999). Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales. En D. McA-

dam, J. D. McCarthy, y M. N. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.

_____ (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

TILLY, Charles y TARROW, Sidney (2007). *Contentious politics*. Boulder: Paradigm Publishers.

TOURAINE, Alain (1981). *The voice and the eye: An analysis of social movements*. Cambridge: Cambridge University Press.

